

1938: «Mañana estaremos en Belchite». Se trataba no sólo de un objetivo militar, sino de una reparación moral al puñado de héroes que, en inferioridad de uno a diez, había sucumbido seis meses antes bajo la agresión mandibular del lobo faccioso, y a una patria cuya alma sangraba por la herida de la pérdida de Belchite.

La cual había sido una etapa de la supuesta toma (frustrada, apenas discurrida) de la plaza de Zaragoza por el ejército rojo. El día 22 se inicia el acoso al bravo y casi indefenso, casi desguarnecido reducto aragonés. Al cabo de jornadas numantinas el número de muertos y heridos corresponde casi al de resistentes, y las hordas atacantes, formadas por sesenta mil hombres, irrumpen en Quinto, Fuentes del Ebro y Mediana, cortando el saliente de Belchite y aislando a la ciudad del territorio nacional. Tan seguro está el enemigo de que Belchite ha caído que prosigue su avance dejándolo detrás. Pero como las horas pasan y el mando rojo comprueba que no tiene enlace con el pueblo, decide interrumpir su marcha, y asaltar por los cuatro costados, temeroso de descuidar un foco activo de resistencia, capaz de perturbar sus comunicaciones de retaguardia. Más de 35.000 hombres, con mucha artillería y carros de combate se revuelven contra un núcleo de población, defendido por unos 3.000 combatientes, a saber: un batallón del regimiento de Aragón número 17, el tercio de requetés de los Almogábares, una bandera de la Falange aragonesa, una batería de 7,5 del noveno ligero, una sección de 10,5 del décimo ligero, una sección de Zapadores, otra de antitanques con piezas de 75, una cuarta de Intendencia y una más de Sanidad. Si los sitiados sufren ante sus agresores el complejo de inferioridad de su desproporción numérica (uno contra diez), el balance de los armamentos arroja cincuenta a favor del platillo rojo por uno del platillo nacional.

Doble hipoteca que obliga, si bien paulatinamente, a los sitiados, al abandono *in extremis* de sus posiciones exteriores. El santuario del pue-

blo y el seminario, destrozados por la artillería y la aviación, son desalojados. Bombardeado por tierra y por aire, Belchite se desmantela, sin que ni una torre ni un tejado permanezca en posición de firme. El vecindario arrastra ya una vida indigente en sótanos y bodegas. El 5 de septiembre, domingo, sólo queda en poder de la maltrecha y mermada guarnición la casa del Ayuntamiento, la casa consistorial y dos o tres inmuebles adyacentes. Reducida a la sexta parte de sus efectivos iniciales, la tropa local no tiene víveres, agua ni municiones, pero aún gua-  
pea. Contenida la ofensiva general marxista y definitivamente salvada Zaragoza, los 500 supervivientes intentan la locura sublime de romper el cerco y llegar a la capital del Ebro combatiendo a través de territorio enemigo. Tres tentativas a punta de bayoneta y percusión de bombas de mano son, naturalmente, otros tantos cruentos fracasos. Es ya de noche cuando se repite el desesperado recurso por la calle de San Juan. En columna, los héroes de Belchite llegan, entre un tiroteo espantoso, a la calle del Señor y de San Ramón, la plaza de San Salvador, y la calle y el Arco de San Roque y asaltan tres barricadas rojas, mientras desde ventanas y tejados las ametralladoras se ceban a mansalva en sus filas. Por fin, llegan a la carretera de Zaragoza, de noche cerrada, pero apenas quedan más de un centenar. Desde un olivar cercano, una ametralladora les bate sin remedio, y entonces Santa Pau, jefe de la bandera de la Falange aragonesa, se desliza, sigiloso y solo, en dirección al bosquecillo para acallar la boca que impunemente vomita metralla; pero alguien que le espía le sorprende por detrás y le clava en la tierra de Aragón de un bayonetazo.

Seis meses después se cumplirá el pronóstico de Yagüe en el plazo previsto. Iniciado el asalto a Belchite a media mañana del 10 de marzo de 1938, los rojos abandonan el pueblo que, al anochecer, estaba ya totalmente en poder de los nacionales.